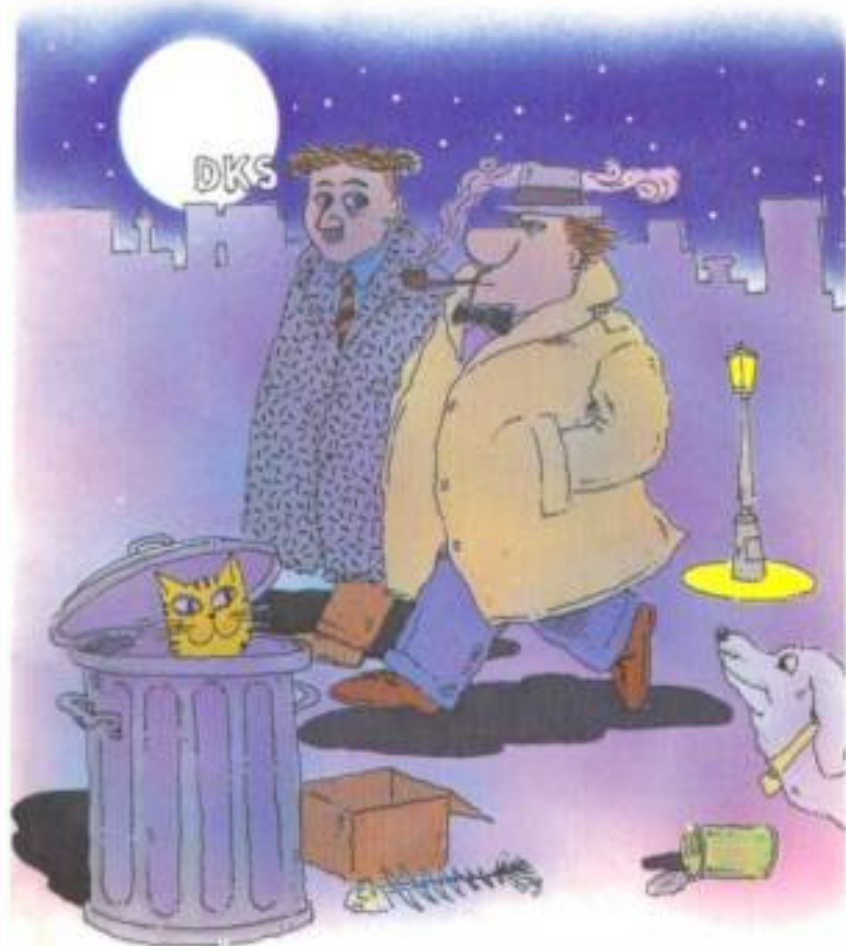


ala delta

Pedro SORIA  
FDEZ.-MAYORALAS

# LOS DETECTIVES LÓPEZ Y BALDOSILLO



Baldosillo y su amigo López forman una pareja de detectives muy original. Tampoco son corrientes los casos que se les presentan; por ejemplo, deben entrar en el sueño de un cliente y acabar con los «malos de pesadilla». Con algo de lógica y con la ayuda del dibujo, tú también podrás entrar en acción para echarles una mano.

Pedro Soria F.-Mayoralas es abogado de profesión. Quizá por eso emplea sus ratos libres en inventar historias de detectives.

## Índice de contenido

Cubierta

Los detectives López y Baldosillo

Sueños con sifón

Eladio que voló

I

II

III

IV

El ladrón ilustrado

I

II

III

V

VI

Mal perdedor

I

II

III

IV

V

VI

### El cuadro desaparecido

I

II

III

IV

V

VI

VII

### El rey del tabaco

I

II

III

IV

V

VI

VII

### La funcionaria enamorada

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Notas

## Sueños con sifón

**S**OÑAR. ¡Qué tremendo miedo tenía a soñar! Todo empezó con un sueño en el que era perseguido por dos hombres armados que querían eliminarme. Otra vez estaba encerrado en una casa con las paredes de cristal y no podía salir de allí. Me daba golpes contra el cristal y sentía que el oxígeno me faltaba. Luego vinieron sueños parecidos. En casi todos, yo era perseguido por alguien, o tenía que esconderme de alguien o de algo: mi vida siempre corría peligro.

Le cogí miedo al sueño. Cada noche, antes de dormirme, lo pasaba muy mal pensando que otra vez tendría pesadillas. Era curioso, sin embargo, que nunca en los sueños pasase nada. Cuando estaban apuntándome con una pistola, a punto de disparar sobre mí, de pronto despertaba, y así me ocurría en otras circunstancias igualmente comprometedoras. Otras veces me despertaba justo antes de llegar al suelo, cuando me habían empujado desde un alto edificio. De todas formas, era tanto el miedo y la angustia que pasaba, que verdaderamente creía morir.

La sensación de alivio que sentía al despertarme duraba bien poco; lo justo como para alegrarme de seguir con vida, para darme cuenta de que había sido un sueño. Pero pasado ese momento, otra vez volvían mis pensamientos a agarrarse a ese temor a que llegara el momento de quedar dormido por la noche. Si pudiera evitar dormir..., pero ¿qué hacer? Dormir es tan necesario como comer, o quizá más. ¿Y si tomara algo que pudiese dejar mi mente en

blanco? No vivir los sueños; en definitiva, no enterarme de nada.

Probé con pastillas –somniaferos–, pero no sirvió. ¿Y si pensara en algo bonito y agradable antes de quedarme dormido? De este modo pudiera ser que soñara con lo que había estado pensando un momento antes. Tampoco dio resultado.

Después de cavilar –y sufrir– muchos días, hallé la solución. Pensando y pensando llegué a la conclusión de que la mayoría de mis sueños, por no decir todos, eran del tipo, llamémosle, policíaco. No sé en qué película vi una vez que para curar a un hombre enfermo de gravedad reducen de tamaño a varias personas, a fin de introducir las dentro de su cuerpo y de esta manera poder curar lo que, con una simple operación, sería imposible. ¿Por qué no probar yo también? En vez de un médico, yo necesitaba una persona experta en delincuencia que acabase con todos los personajes que rondaban por mis sueños. Contrataría al mejor detective del mundo.

Yo sabía que aquella película era de ciencia-ficción, pero desde entonces hasta hoy habían transcurrido por lo menos treinta años; quizá ahora aquello que entonces era fantasía pudiese ser realidad. Hablé con un amigo médico –el cual ya conocía mi problema, pues él me había recetado las pastillas para dormir–. En un principio me dijo que no sabía nada sobre la reducción de personas, pero me presentó a un colega suyo que trabajaba en el mismo hospital. Éste sí que había oído hablar del asunto, pero me dijo que aquí en España apenas tres o cuatro médicos sabían algo sobre él. El especialista más conocido internacionalmente era un tal doctor Erik Karlsson, de Suecia.

Y heme aquí en Suecia, en casa del doctor Karlsson. Me recibió muy amablemente y me dijo que podía ayudarme; no obstante, me advirtió que me costaría mucho dinero (*dinero*, pronunciaba él). «No importa», le dije. La primera fase del plan había concluido.

Ahora tenía que buscar a un detective privado. De esto sí que no tenía la menor idea, ni a quién acudir; así que seguí el camino más corto: busqué en las páginas amarillas. «Tendré que conformarme con un detective español», pensaba yo, pues tampoco era cuestión de arruinarme. En la guía había por lo menos cuarenta detectives. ¿Cuál elegir? Lancé el dedo a ciegas contra las páginas amarillas y miré: Eugenio Baldosillo, C/. Pez, 4. Tf. 690028. Inmediatamente llamé.

Trabajo me costó convencer a Baldosillo de mis intenciones. Era una persona mayor, y se tomaba un poco a broma todo lo que le estaba contando. Sólo cuando le hablé de Suecia, parece que sus pequeños ojillos se abrieron más de lo normal y me miraron expectantes. Le hablé del doctor Karlsson, y le ofrecí una buena cantidad de dinero, aparte, claro, la posibilidad de ligar con alguna sueca. Él no estaba al corriente de las últimas noticias sobre reducción. Era normal si se tiene en cuenta que esta materia no estaba al alcance de las informaciones que suelen dar los diarios o algunas revistas de interés general. Sólo puso una condición: iría acompañado de su socio y amigo, López, por si las moscas.





Llegó por fin el día convenido. Instalados en un hotel de Estocolmo, Baldosillo, López y yo, nerviosos como tres estudiantes antes de un examen oral. Hablábamos de España, para disimular nuestra congoja, comparándola con Suecia. Dijimos muchas tonterías, pero era de esperar. A las cuatro de la tarde debíamos estar en el laboratorio del doctor Karlsson.

El doctor Karlsson quedó un poco extrañado al vernos llegar; lo noté en la cara tan rara que puso. Inmediatamente supe el porqué. Me llamó a solas un momento para decirme que Baldosillo era muy mayor (de edad, se entiende) para ser reducido; ¿por qué no se lo había advertido? Yo no había caído en ello, así que no informé antes al doctor sobre la persona elegida por mí para introducirse en mi mente. Con López no había problema, porque era más joven. Le pedí por favor que no dijera nada a Baldosillo: yo asumía toda la responsabilidad de lo que pudiera pasar. Era tanta la espera de que llegara este día, tanto el tiempo invertido, y el temor a nuevas pesadillas, que no podía dar marcha atrás. Otro detalle se me había escapado y ahora venía a mi cabeza: ¿cómo recuperarían su estado normal López y Baldosillo? El doctor Karlsson me contestó con un «eso es pan comido» («eso ser pan cocido», dijo realmente). Así que me callé.

Pasamos los cuatro a una habitación blanca. Todo en ella era blanco: las paredes, el techo, el suelo; hasta los cristales de las puertas eran blancos. El doctor colocó a Baldosillo y a López, de pie, en una especie de circunferencia sobre la que colgaba una cúpula de cristal. Más arriba de la cúpula, y uniendo ésta con el techo, se veían unos cables de colores —rojo, azul, amarillo y negro—, que de allí se dirigían a un panel de mandos en el que el doctor Karlsson tenía sus manos en ese momento. Antes de colocarlos a ellos bajo la cúpula, les inyectó una droga para paliar los posibles efectos radiactivos del proceso reductor.

Visto y no visto, López y Baldosillo desaparecieron de mi vista. Fue preciso coger el microscopio y levantarlos del suelo con unas pinzas también microscópicas, para verlos. Allí estaba Baldosillo con su impecable traje oscuro de detective y su sombrero de ala, y López con su bigotito gris, y con cara de asombrado. El doctor los colocó en un líquido color rosa y de allí los pasó a una jeringa. Yo me tumbé

en una camilla, y noté el pinchazo de la aguja. Baldosillo y López ya estaban dentro de mí. ¿Podrían acabar de una vez por todas con aquellos malhechores que, noche tras noche, me atosigaban y me hacían temblar de miedo?

Soñaba que estaba sentado en un banco de un parque, con una bolsa de palomitas en la mano. Comía despacio, con mucha tranquilidad, cuando de pronto aparecieron dos personas con cara de pocos amigos y me pidieron palomitas. Yo les ofrecí gentilmente, por ser amable y también porque estaba asustado, pero ellos me quitaron la bolsa; después me cogieron de la solapa y me tiraron al suelo. En un descuido aproveché para salir corriendo, pero ellos me siguieron. Corría por las calles, todas vacías, sin nadie a quien pedir ayuda. «¿Dónde está la gente?», pensaba. Otra vez la angustia subía a mi garganta, pero de pronto, al doblar una esquina, cuando los pasos de mis perseguidores retumbaban con fuerza en mis oídos, aparecieron ellos: allí estaban Baldosillo y López. Por fin alguien me ayudaba. En pocos minutos se solucionó el asunto. Las palomitas quedaron desparramadas por el asfalto.

Cuando desperté, estaba acostado en una cama de esas de hospital. A un lado de la cama se encontraban López y Baldosillo, ambos con su aspecto normal: aquél con su bigotito gris, y éste con su impecable traje oscuro, igual que el día que los redujeron. Al otro lado de la cama estaba el doctor Karlsson, con su cara sonriente. «Bien, amigo, su problema está solucionado», me dijo en un perfecto español. Más tarde me dijeron que los diez días que estuve inconsciente, el doctor Karlsson los dedicó, entre otras cosas, a aprender la frase. También me enteré de que el sueño de las palomitas sólo había sido el último de una serie de diez, durante los cuales habían limpiado mi mente de maleantes, mañosos y matones. Todo estaba limpio como el aseo de un hotel de cinco estrellas. Les di las gracias a los tres con lágrimas en los ojos.

Una vez satisfechas mis deudas con estos señores, volví a España; y digo volví, porque Baldosillo y López se quedaron unos días en Suecia a disfrutar del paisaje ¿humano? El doctor Karlsson era el más satisfecho de los tres: ahora sería conocido y famoso. El próximo premio Nobel sería para él, «el orgullo de la medicina sueca» («el gallo de la medicina seca», en sueco-español).

Llegó la primera noche después del experimento. Un temor inconsciente me dejó pensativo antes de acostarme: ¿qué pasará? Me dormí. Soñaba que me dedicaba al tráfico de drogas. Tuve que liquidarme a cuatro mañosos entrometidos que me molestaban. Una chica caía en mis brazos justo cuando me desperté. Al día siguiente tuve un sueño parecido, sólo que esta vez eran siete los mañosos que caían abatidos por mi revólver. Y así un día tras otro. Mi mente había quedado tan limpia de malhechores, que ahora tenía yo que convertirme en uno de ellos para poder alimentar mis fantásticos sueños. Había pasado de perseguido a perseguidor, de inocente a cínico, de temeroso a cruel. No estaba curado, sólo había dado la vuelta la tortilla.

En fin, ¡qué le vamos a hacer!, por lo menos ahora ya no paso miedo, y si mato a unos cuantos enemigos de la ley, por la mañana al despertar se me olvida lo malo que fui durante la noche.

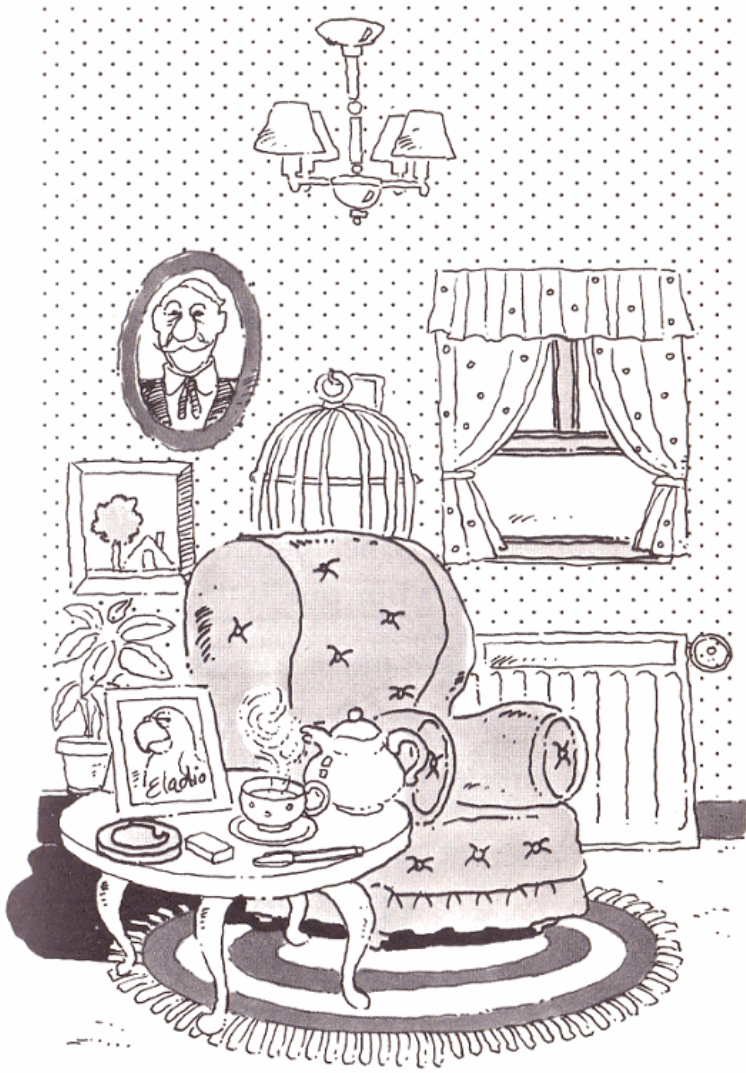
## Eladio que voló

### I

ERA un caluroso día de junio, de esos que ya presagian un verano bochornoso, cuando sonó el teléfono instalado en el despacho: ring, ring... Con un paso cansado, Baldosillo se dirigió a cogerlo, maldiciendo ese ruido ensordecedor a esta hora de la tarde.

Su humor, que no era bueno de antemano, cambió inconscientemente cuando adivinó que al otro lado del hilo telefónico era una voz de mujer la que hablaba. Trató de mostrarse amable.

–Eugenio Baldosillo al aparato, ¡dígame, dígame!



BUSCA A ELADIO EN EL DIBUJO.

—Verá usted... —comenzó diciendo la señora, como si comenzase una de esas largas conversaciones en la terraza de un café. Por la voz, Baldosillo dedujo que tendría unos cincuenta y pico de años—. Eladio ha desaparecido.

Antes de que le diese tiempo a preguntar quién era el tal Eladio, la mujer le dedicó tal suerte de referencias y pipos sobre Eladio que nunca hubiese podido imaginar

que se trataba simplemente de un loro. Hablaba de él como si de una persona se tratase; aún diría más, como si hablase de su esposo, aunque luego supo que estaba soltera.

–Ha volado –dijo, concluyendo su larga perorata; y Baldosillo estuvo por preguntarle si lo decía en sentido literal o figurado, si bien no hay grandes diferencias entre ambos.

Consiguió colgar el teléfono antes de que diese toda la descripción del loro con plumas y señales.

## II

A primera vista parecía un caso complicado. ¿Por qué un loro podía irse así como así de la casa de una solterona, cuando de todos es sabido que estas mujeres cuidan y miman los bichos que poseen? ¿Quién abriría la jaula del plumífero animal?; ¿algún cómplice?; ¿o no estaba encerrado en una jaula?

Muchas eran las preguntas que acudían a su mente. Miró el reloj que había encima del archivador: eran las cinco menos cuarto. Así que decidió que lo mejor para refrescar las ideas era echar una buena siesta. Era la primera vez que se le presentaba un caso como éste, con un animal de por medio. Pensó que podría ser divertido. Al menos –suponía– no habrá sangre, tiros, ni nada por el estilo.

Después de levantarse de la siesta, y tras una refrescante ducha, decidió llamar a su socio López, gran ayuda y apoyo en la resolución de todos los casos. Cualquier detective que se precie debe tener un ayudante, a ser posible gordo, que le saque de apuros en muchas ocasiones, amén de gorronearle a uno de vez en cuando.

López llegó al despacho a eso de las nueve de la noche. Por su sonrisa, Baldosillo intuyó que se encontraba de